



## SERVICIO COMPLETO

Jorge siempre había sido un chico muy reservado al que le costaba mucho hacer preguntas. Por eso, cuando aquella mujer le había contratado para que le cuidara la casa durante el verano, durante las dos semanas que ella estaría de vacaciones, no había hecho más que asentir con la cabeza a todo lo que le había ido indicando, sin atreverse en ningún momento a pedir más información de la que se le daba.

-Ya verás que, en realidad, no hay mucho que hacer. Sólo quiero que te encargues del jardín, de alimentar a los perros y de que todo esté lo bastante limpio para cuando yo regrese. ¿Está claro?

-Sí, señora.

A decir verdad, Jorge tampoco era demasiado intuitivo ni observador, por lo que no dio ninguna importancia a la sonrisa que se dibujó en los labios de la mujer cuando ésta escuchó aquella respuesta tan respetuosa. Una sonrisa que acompañó de una intensa mirada, como la de una cazadora que escrutara a su presa, y de quién sabe qué oscuros pensamientos.

Una vez acordado todo, la mujer le despidió y le dijo que su vuelo salía al día siguiente, por lo que le entregó ya una copia de las llaves y le pidió que no se olvidara de acudir al día siguiente para alimentar a los perros.

Jorge no quería defraudar la confianza de aquella mujer, así que a la mañana siguiente, justo mientras ella volaba hacia el destino de sus vacaciones, él se dirigió a la casa para cumplir lo mejor posible con todas sus tareas. Comenzó pasando la máquina cortacésped por todo el jardín, puesto que le parecía que hacía ya algunos días que nadie se había encargado de ello. Después se paseó discretamente por toda la casa, admirándose del buen gusto con el que estaba decorada.

Llegó al que debía de ser el dormitorio principal y no pudo evitar remover las cosas de la dueña de la casa. Abrió armarios y cajones y fue contemplando con cierta devoción las delicadas ropas que aparecían en su interior. Había vestidos de todo tipo, desde los más sencillos hasta los más sofisticados, de todos los colores y estilos imaginables, diseñados para cualquier ocasión que uno pudiera imaginar... pero pronto perdieron interés para Jorge. Toda su atención se centró en la ropa interior.

La había también muy variada y, a pesar de ello, no había ni una sola pieza que no pudiera considerarse por sí misma un tesoro. Por lo menos, así se lo parecía a Jorge. En primer lugar, porque se trataba en efecto de prendas muy selectas, de las mejores firmas, realizadas a partir de telas de calidad y con diseños tan sugerentes como originales. En segundo lugar, y tal vez ésa fuera la clave de todo, porque sabía a quién pertenecían.

A pesar de ser un chico bastante joven, Jorge no podía negar la fascinación que sentía por las mujeres maduras y la que le había contratado no sólo encajaba en el perfil femenino que a él le gustaba sino que, más bien, podría decirse que era su prototipo. Era una mujer morena con el pelo negro cortado muy corto, lo que le daba cierto aire agresivo y moderno, con un rostro de líneas graciosas y un cuerpo moldeado a base de curvas demasiado pronunciadas como para no llamar la atención.

Por otro lado, había algo en su carácter que le había cautivado. El aparente desinterés que había mostrado por él en todo momento, el cierto desdén con el que tratan las personas que se saben dominadoras de la situación en cualquier circunstancia, la naturalidad con que le había impuesto las normas que quería que siguiera respecto a su casa, incluso ese nombre tan peculiar con el que se había presentado, Laura... por alguna razón que se le escapaba, todo aquello había generado en Jorge un extraño e intenso deseo que iba más allá de lo físico.

Mientras rememoraba las imágenes de aquella señora, de la que sin él saberlo era ya su señora, acariciaba casi sin prestarle atención un precioso conjunto de tanga y sujetador. El conjunto era negro, muy sencillo, pero hecho a partir de una tela tan suave que su tacto resultaba embriagador. Jorge imaginaba que sus dedos no recorrían aquellas prendas, sino la piel de aquella cautivadora mujer a la que pertenecían. No tardó ni unos segundos en sentirse

tremendamente excitado y apenas un minuto después ya estaba totalmente desnudo. Se puso frente al gran espejo que había en uno de los rincones del dormitorio y lentamente comenzó a acariciarse el erecto miembro que confirmaba hasta qué punto estaba fuera de sí mismo.

Su mano derecha fue moviéndose rítmicamente a lo largo de su pene mientras la izquierda seguía jugueteando con las prendas de su señora. Una cosa llevó a la otra y, en apenas unos instantes, notó cómo sus manos subían el tanga por sus caderas y, casi de inmediato, cerraban el sujetador a su espalda. Era como si sus brazos hubieran actuado de forma autónoma, como si hubieran decidido por ellos mismos colocar aquellas prendas en su cuerpo.

Era la primera vez que hacía algo así y la excitación, lejos de cesar, fue en aumento. Llevar aquellas prendas puestas le provocaba una alteración tal que parecía que su pene fuera a rasgar en cualquier momento el delicado tanga que a duras penas lo cubría.

Cuando su mano entró de nuevo en contacto con aquel sexo descontrolado, apenas fue necesario que la moviera. Toda su excitación, convertida al estado líquido, salió a borbotones en medio de uno de los orgasmos más intensos que recordaba haber tenido.

Tardó un poco en recuperar el aliento, en conseguir que su corazón volviera a latir al ritmo normal, en recobrar la conciencia del lugar en el que se encontraba, en recordar quién era él y para qué se suponía que estaba allí. Fue entonces cuando se fijó en el tanga y se dio cuenta de que estaba completamente manchado, suciamente recubierto por los pegajosos efectos de su placer. Lamentaba haber ensuciado tan delicada prenda, pero no había por qué hacer un drama de ello. Sencillamente, lo lavaría y nadie sabría nunca nada.

Este pensamiento hizo que se dibujara una sonrisa en su rostro, sonrisa que se borró inmediatamente cuando, al darse la vuelta, vio a la dueña de la casa apoyada en el umbral de la puerta del dormitorio.

-¿Te estás divirtiendo? –le preguntó Laura con voz autoritaria y gesto enojado.

Jorge se quedó en silencio, con el cuerpo paralizado y la capacidad de habla totalmente perdida. Al comprender que era absolutamente incapaz de articular palabra, fue la mujer quien siguió hablando.

-Como comprenderás, no iba a dejar mi casa en manos de un desconocido sin tomar la precaución de observarle un poco antes de irme. Y, por lo que veo, era una precaución de lo más necesaria. Hay que ver qué clase de perversos se te pueden colar en casa si no te andas con cuidado. ¿No te parece?

Vestido todavía con aquel conjunto de ropa interior femenina, con los restos de su reciente orgasmo ensuciándolo, pillado en falta de la peor de las formas imaginables, Jorge se sentía tan humillado que era incapaz de articular palabra. Ella se le acercó, dejando que los altos y finos tacones de sus botas resonaran intimidantes al contactar con el suelo, consciente del respeto que infundirían en aquel chico con el que estaba segura de que podría llegar a divertirse mucho.

Cuando estuvo justo frente a él, clavó sus ojos en los del aterrorizado muchacho, dedicándole la más fría de sus miradas, y éste no pudo hacer otra cosa que bajar la vista hacia el suelo. A ella le gustó aquella docilidad innata, aquella forma de actuar que revelaba una naturaleza que ni el propio Jorge debía de conocer todavía.

Con toda la calma del mundo, Laura dejó que sus dedos recorrieran el cuerpo de su empleado, jugueteando con las tiras del sujetador y las del tanga, ajustándolo bien, colocándolo del modo en que debía llevarse. Jorge sintió una extraña mezcla de miedo y excitación ante aquellas inesperadas caricias y, entre sorprendido y algo más relajado, levantó de nuevo sus ojos hacia los de aquella enigmática mujer.

No tardó ni un segundo en lamentarlo, puesto que ella le dio un sonoro bofetón que cayó sobre su mejilla izquierda con tal fuerza que le hizo estar a punto de perder el equilibrio y caerse al suelo.

-Nunca más te atrevas a mirarme a los ojos a menos que yo te lo ordene. ¿Está claro?

-Sí, señora.

-Muy bien. Espero que no lo olvides o, de lo contrario, tendrás que pagar las consecuencias y no creo que eso te guste. Y ahora dime... ¿qué crees que debería hacer contigo?

Jorge siguió en silencio. En cierto modo porque no sabía qué responder pero, especialmente, porque no sabía qué respuesta era la que Laura

esperaba. Y sabía muy bien que un error le supondría recibir, casi de forma segura, un nuevo bofetón.

-¿No dices nada? –insistió ella, divirtiéndose con la evidente incomodidad del joven-. Tal vez debería echarte ahora mismo de mi casa. Quién sabe qué más eres capaz de hacer. O quizás podría darte otra oportunidad. Dime, ¿quieres esa oportunidad?

-Sí, señora –respondió al instante Jorge, sorprendiéndose a sí mismo de la determinación con la que había emitido aquellas palabras.

-Está bien –aceptó ella-. Te concederé esa oportunidad, pero tendrás que seguir todas las reglas que yo te imponga. ¿Estás dispuesto a ello?

-Sí, señora.

-Pues desde ahora ya no me llamarás señora nunca más. A partir de este momento tendrás que llamarme ama, puesto que es lo que soy: la ama absoluta de tu persona y de tu destino. No sólo vas a realizar todas las tareas domésticas en esta casa, sino que vas a obedecerme en todo lo que te ordene, sea lo que sea, aceptando los castigos que yo te imponga por tus faltas o por el mero placer que encontraré en aplacártelos. Desde este momento, dejarás de tener voluntad propia y te convertirás en un mero objeto a mi servicio. Serás mi criado y mi esclavo aunque, viendo la ropa que llevas, creo que es más adecuado decir que serás mi criada y mi esclava. ¿Qué dices a todo eso?

Jorge dudó unos instantes. No estaba seguro de haberlo entendido muy bien ni de ser consciente de las consecuencias reales que podía tener su decisión. Sin embargo, sabía que la otra opción era salir de aquella casa en aquel preciso instante y eso era algo que, desde luego, no quería. Aun sin ser capaz de decir el porqué, sabía perfectamente que no quería renunciar al contacto con aquella mujer, aunque fuese sólo en calidad de sirviente, esclavo o lo que ella lo quisiera considerar.

-Acepto sus reglas, señora.

Un nuevo bofetón cayó sobre la cara de Jorge y antes incluso de que Laura le explicara el motivo, él ya lo había comprendido: ya no debía dirigirse a ella como señora, sino como ama. Porque eso es lo que era a partir de entonces. O tal vez lo hubiera sido ya incluso desde antes. Desde el primer instante en que la vio.

-Como ves, esta es una casa grande, así que requiere mucho trabajo. Quiero que te vengas a vivir aquí y dediques todo tu tiempo a mi servicio. ¿Te supone eso algún problema?

-No, ama.

-Perfecto. Entonces, desde este mismo instante, eres ya la sirvienta de la casa. Y eso que llevas puesto te lo regalo: desde hoy, será tu uniforme. La única ropa que llevarás aquí, aunque es posible que te haga ir desnudo la mayor parte del tiempo, eso ya lo decidiré según me plazca. Ahora ve al baño y límpiate un poco, pero no te quites el conjunto. Me gusta ver el aspecto de puta barata que tienes con él puesto.

Jorge sintió cómo sus mejillas ardían y supo sin duda que se había sonrojado. Aun así, trató de mantener un mínimo de dignidad cuando se marchó hacia el baño, dignidad que su nueva dueña notó y que le gustó: todo sería mucho más divertido si había alguna resistencia que vencer, algún resto de orgullo que doblegar.

Cuando se presentó de nuevo ante Laura, Jorge recibió otro bofetón y supo enseguida que había olvidado una norma básica: no mirarla a los ojos salvo que ella se lo ordenara. Se dijo a sí mismo que debería esmerarse más en recordar todo aquello o sus mejillas no serían capaces de soportar aquella nueva vida a la que se había entregado.

-Ahora acompáñame. Es la hora de alimentar a los perros. Claro, con tanto juegucito, se te había olvidado, ¿verdad?

Jorge siguió a su nueva ama a un metro de distancia, tal y como ella le había indicado, no pudiendo evitar fijarse en la elegancia que se desprendía de su forma de andar y en el sugerente movimiento de su cuerpo al hacerlo.

-Coge ese saco de ahí, es la comida –le ordenó secamente.

El muchacho la obedeció y agarró un saco que contenía fruta y pan. Le resultó extraño que aquella fuera la dieta de los perros, pero de nuevo se mantuvo en silencio. Si su naturaleza le impulsaba ya a hacer pocas preguntas, su recién adquirida condición de esclavo hacía más aconsejable todavía tener la boca cerrada. No quería, por nada del mundo, recibir otro bofetón.

Laura caminó con aire despreocupado hasta salir de la casa, cruzó el jardín y llegó a un pequeño cobertizo. Una vez dentro, Jorge no pudo evitar sorprenderse al ver la curiosa perrera que allí había montada. Se trataba de un

par de jaulas de no más de un metro de altura en las que había echados un par de hombres totalmente desnudos a excepción hecha del collar de cuero que llevaban alrededor del cuello. Al ver entrar a la señora de la casa, ambos se pusieron rápidamente a cuatro patas, dirigiéndole miradas de devoción que ella recompensó acariciándoles el cabello como si realmente fueran sus perros. Y es que, en el fondo, eso era exactamente lo que eran.

Siguiendo las instrucciones de su ama, de la ama de todos ellos, Jorge echó la comida a través de los barrotes y los perros –que al parecer estaban ya hambrientos- se abalanzaron sobre ella mientras daban las gracias a su señora.

-No te olvides de alimentarlos durante estos días que yo estaré fuera. También debes sacarlos a pasear, al menos una hora al día. No queremos que sus músculos se entumescan demasiado, ¿verdad? Encárgate también de limpiar bien sus jaulas y de que no les falte de nada. Al fin y al cabo, son un par de buenos perros. Espero no tener que castigarte cuando vuelva de mis vacaciones o... bueno, espero que cuando te castigue, porque lo voy a hacer, no sea por ninguna razón especialmente grave.

Y con una amplia sonrisa en los labios, Laura se marchó del cobertizo, dispuesta a dirigirse, en esta ocasión sí, hacia sus vacaciones, dejando tras de sí la peculiar estampa de dos perros enjaulados y una sirvienta en ropa interior. Una estampa que prometía darle grandes jornadas de diversión para cuando regresara del viaje.

Relato enviado por Jordi.

